

cal construir-lo, és una gran tasca, i és la nostra tasca» (p. 46).

La democràcia és, doncs, un moviment en marxa, el rastre que deixa darrere seu una nau damunt l'aigua. Cal navegar i tirar endavant, encara que la direcció no sigui evident. Per això necessitem el que Levinas anomenà «l'element humà», aquest punt de trobada entre persones, i que Abensour denominà «desordre fraternal», referint-se a la dimensió insurgent (no pas insurreccional) de la democràcia.

Però no és un xic idealista aquesta concepció de la fraternitat òrfena? Resulta evident, després d'haver llegit l'obra de Jordi Riba, que la democràcia inclou una modalitat paradoxal amb la qual ens les hem de veure en lloc de voler «millorar-la». Es tractaria de viure-la constitutivament d'una altra manera, perquè no hi ha formes de perfeccionar una modalitat política imperfecta. «En aquest escrit» —diu Jordi Riba— «prenem la simple direcció d'establir un punt comparatiu, per fora de la lògica temporal, entre el que representa la novetat i el que pugui ser titllat d'antic» (p. 75).

La novetat es defineix des d'una nova relació dels ciutadans amb els po-

ders (l'exemple en seria el tweet d'Assange. La cosa antiga seria el desig no complert que això pugui establir-se d'una manera durable).

Aquesta dialèctica entre el que és nou i el que és antic té lloc a partir de dos moviments clau: d'una banda, el procés de politització de la societat civil, seguint Abensour, en un intent de recuperar la sinonímia entre societat civil i societat política (no pas Estat), i, de l'altra, la institució com a model positiu d'acció.

El llibre de Jordi Riba constitueix, tant en l'orientació com en el contingut, una excel·lent introducció a la filosofia política. Dona a conèixer l'obra de Guyau i d'Abensour, autors que potser hauríem de llegir millor. També contribueix a pensar un moment històric com l'actual, perquè avui la vida en comú es presenta com una delicadíssima forma d'estar en crisi permanent. Tanmateix, l'ombra del totalitarisme amenaça la possibilitat d'anar inventant altres fórmules possibles, junts, en aquesta nau a la deriva, metàfora indiscutible de Guyau i buc insígnia d'una obra l'atractiu intel·lectual de la qual rau en una mirada original que la ciència política, enganxada a la sociopatia, hauria de recordar de tant en tant.

Anna Pagès

Universitat Ramon Llull

<https://doi.org/10.5565/rev/enrahonar.1375>



SANZ, Marco (2021)

*La emancipación de los cuerpos: Teoremas críticos sobre la enfermedad*

Madrid: Akal, 154 p.

ISBN 978-84-460-5037-7

El libro que nos ocupa recibió, *ex aequo*, el Premio Internacional de Pensamiento 2030, convocado por el Instituto Asturias 2030 y el grupo editorial Akal. Su autor es Marco Sanz, investigador crítico y profesor de Antropología Filosófica y Filosofía de la Cultura. Es un libro muy

interesante, que aporta un enfoque fenomenológico crítico a la problemática de la enfermedad y su relación con la emancipación de los cuerpos.

Los temas del cuerpo y de la enfermedad han sido entendidos como problemáticas filosóficas de manera secun-

daria en el primer caso y muy marginal en el segundo. Quizás sean Schopenhauer y Nietzsche los que introdujeron ambos con fuerza en el siglo xix. Y es en la segunda mitad del siglo xx cuando el tema de la enfermedad empieza a tener un estatuto para la reflexión filosófica. Lo hace de la mano de Georges Canguilhem y es continuado por Michel Foucault y su *Nacimiento de la clínica* (1963) hasta llegar a ensayos como el de Gadamer en su *El estado oculto de la salud* (1996). También la dolencia como metáfora tendrá su literatura: la tuberculosis en Thomas Mann, la peste en Albert Camus, la herida de guerra en Céline. Se publican también estudios sistemáticos de tipo más histórico y etnográfico, con un trabajo conceptual importante, como el que aparece en el libro de la *Antropología de la enfermedad* (1999), de François Laplantine. Al mismo tiempo, y en el contexto de la moda de los escritos autobiográficos contemporáneos, aparecen narraciones sobre experiencias subjetivas de enfermos. Los escritos de Ivan Illich contra la medicalización de la vida humana también ejercerán impacto. Pero quizás lo más relevante acerca de la pregunta sobre el sentido o el sinsentido de la enfermedad es la postura de Susan Sontag. La escritora se rebelará contra el intento de buscar un sentido a su dolencia (un cáncer) en su libro *La enfermedad y sus metáforas* (1978), en el que argumenta que decir lo contrario es una manera de responsabilizar (y por tanto culpabilizar) al sujeto de su mal. Pero aparece la perspectiva psicosomática de justificar una hermenéutica de la enfermedad, que va desde la más moderada del psicoanalista Luis Chiozza, hasta la más radical del sincretismo esotérico de Thorwald Dethlefsen y Rüdiger Dahlke en su texto *La enfermedad como camino* (1983). Esta última tendría una exemplificación biográfica en el estremecedor libro de Fritz Zorn *Bajo el signo de Marte* (1977).

Marco Sanz nos anticipa en su potente prefacio que quiere recuperar y redimensionar una fenomenología de la experiencia patológica para vincularla a una crítica de la concepción moderna de la enfermedad en su ideología de la salud como valor absoluto. Un cuerpo mercantilizado (Marco Sanz no se olvida nunca, afortunadamente, de nuestro contexto económico y político) que elude la enfermedad y se enfrenta a una disrupción como la que ha generado la pandemia del COVID-19 y la angustia que conlleva, claro. La pregunta es si la enfermedad puede adquirir un potencial emancipador del cuerpo.

La primera parte quiere establecer las bases de una fenomenología crítica desde un planteamiento de la experiencia de la vida humana desde cuatro dimensiones: como régimen de actividad, como expresión de un animal inacabado, como un devenir en flujo constante y como la necesidad de argumentarse. Hay una analogía de la enfermedad con la experiencia de la angustia, en cuanto que ambas implican una suspensión, un cuestionamiento del quehacer cotidiano. Esto nos lleva a la segunda parte, «Extirpar la forma, dominio de la masa», donde la visión del ser humano se plantea en los términos heideggerianos de un *ser-para-la-muerte*, en el que la pregunta por la vida y por la muerte es también una pregunta por la enfermedad. Aquí se aborda la novedad del planteamiento moderno de la enfermedad, y lo hace a través de la figura tolstoiana de Ivan Illich. Hay una obsesión progresiva por el diagnóstico, un aislamiento del enfermo e incluso una aparición como algo incómodo e inconveniente, llegando a responsabilizar al sujeto de su propia dolencia. Se plantea aquí un tema necesario de abordar en relación con la afección, que es el del dolor. Dolor que tiene un carácter ineludible, refractario y que nunca puede ser totalmente expresado ni compartido. Hace una precisa y pertinente diferencia

entre la enfermedad, con un carácter más global, y el dolor que se presenta de manera local, aunque en ambos casos lo que pone de manifiesto es la vulnerabilidad humana. En el capítulo tres («Mal del cuerpo, dolor del mundo») se desmarca una concepción mecánica del cuerpo y abstracta del espacio, entendiendo el cuerpo como un *estar-en-el-mundo* y el espacio como algo vital. Aquí se apunta también la dimensión de lo posible, y por tanto de la transformación, que nos abre la enfermedad. En el capítulo cuatro («Derrames: Entre la herida y la *contingentia mundi*») entramos en un análisis más preciso de la actualidad, en primer lugar, del siglo xxi, donde la enfermedad supone una de las tensiones fundamentales a la angustia, al ser un signo de la desolación. El COVID-19 pone de manifiesto nuestra apertura al ser en términos de límite, de conflicto y de sufrimiento. Y también el desequilibrio estructural que nos atraviesa y la nostalgia mítica de una armonía que nunca existió. Asimismo, trata del síntoma como el «alma de la enfermedad» que nos recuerda la dimensión salvaje, incontrolada, del organismo.

Vayamos ahora a la conclusión del autor, que es la de la enfermedad como posible modelo de emancipación de los cuerpos. ¿Es cierto el enunciado de Novalis de que hemos de poner las enfermedades a nuestro servicio, de que podemos y debemos transformarlas con nuestras fuerzas superiores? No podemos, dice Marco Sanz, asimilar enfermedad con autenticidad. Son necesarios, nos dice, los teoremas críticos de la enfermedad. No se trata tanto de asumir nuestra finitud, sino nuestra corporeidad. Abandonar el culto individualista a la salud por el de la solidaridad y la actitud cooperativa.

Hacer de la enfermedad una línea de fuga. Tomar conciencia de que nuestros límites como sujeto corpóreo van mucho más allá que los de nuestra piel, que llegan a los otros y a la sociedad. La enfermedad como una herida que nos lleva a transformarnos. Entender que, contra las delirantes ilusiones del transhumanismo y de un mundo perfectamente ideal, es nuestra herida la que nos posibilita ser libres. La libertad lo es de este sujeto vulnerable y abierto a la enfermedad, como precio de la vida, que somos. Muy sugerente también la coda final: «De la soledad de los enfermos».

El recorrido que hace Marco Sanz está lleno de sugerencias y es un extraordinario material para pensar sobre la enfermedad y la posibilidad de transformarla en algo que nos permita avanzar en lugar de encallarnos. Me parece más bien que debemos situar este ensayo en lo que Lacan llama «tiempo para comprender» más que en el momento de concluir. Falta analizar una problemática por la que pasa de puntillas, pero que me parece fundamental: ¿podemos hacer una hermenéutica de la enfermedad o es algo que nos sucede de manera contingente y azarosa? El autor cita, en determinados momentos, aunque sin entrar en el tema, a las dos posturas más radicalmente polarizadas, la de los autores de «la enfermedad como camino», por un lado, y la de Susan Sontag, por otro, pero no entra en el tema. Por otra parte, hay que seguir trabajando en una noción de cuerpo que supere el dualismo en el que todavía nos encontramos y del que quiere salir el autor. En todo caso sea más que bienvenido este libro, que es un excelente material de reflexión para este tiempo que aún no es el de concluir.

Luis Roca Jusmet

Universitat Autònoma de Barcelona

<https://doi.org/10.5565/rev/enrahonar.1363>

